

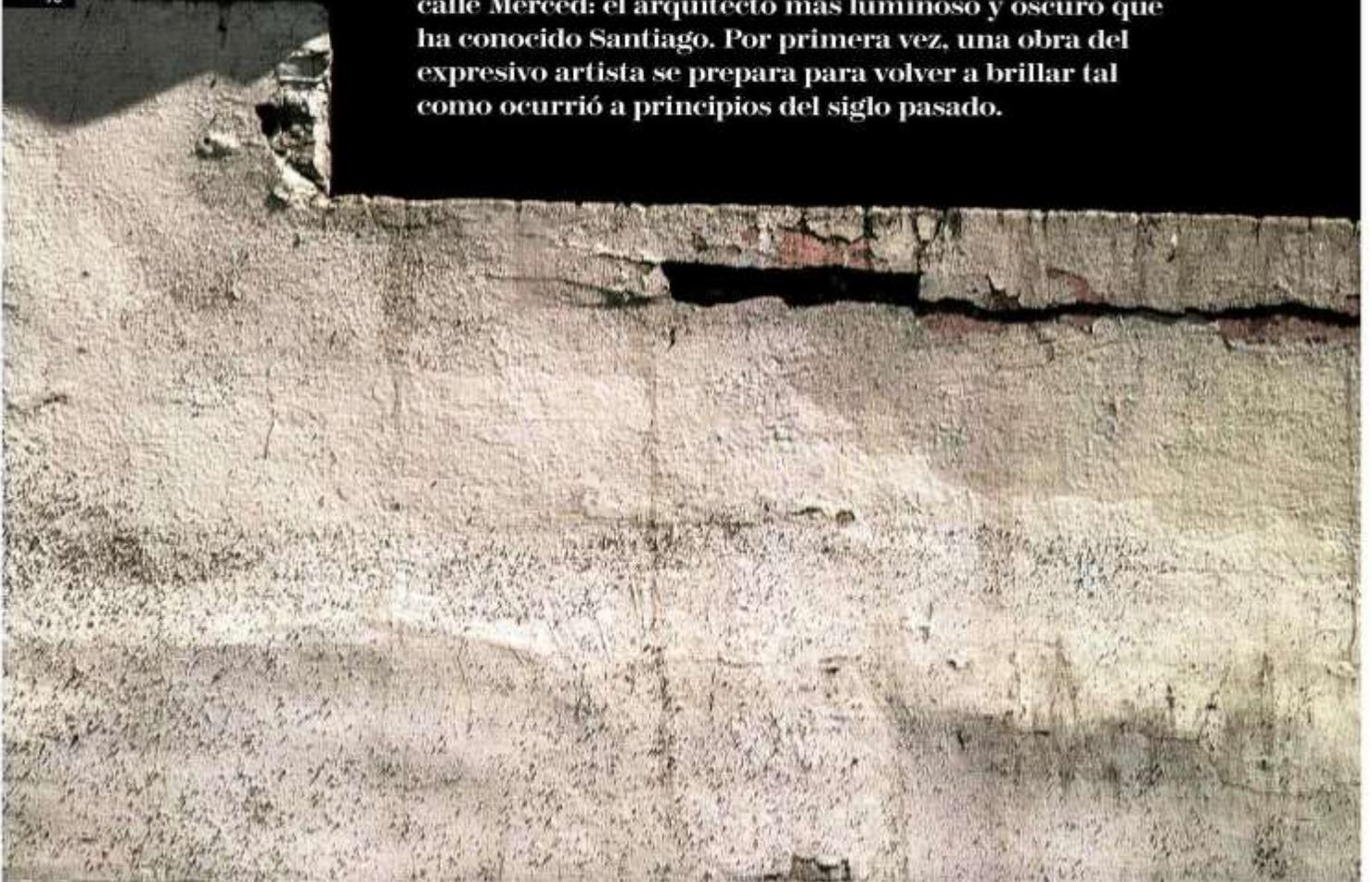
Medio	Revista Capital
Fecha	24-1-2014
Mención	Regreso a la gárgola. Mención a la UAH. Mención a Andrea Vial, ex directora de la Escuela de Periodismo de la UAH.

REGRESO A LA GÁRGOLA

→ POR: SERGIO PAZ
FOTOS: VERÓNICA ORTIZ

90

Un grupo de inversionistas acaba de comprar el emblemático edificio de Luciano Kulczewski en la calle Merced: el arquitecto más luminoso y oscuro que ha conocido Santiago. Por primera vez, una obra del expresivo artista se prepara para volver a brillar tal como ocurrió a principios del siglo pasado.



Vida & estilo





U

n aviso en un diario puso en alerta a los inversionistas.

Merced 84 estaba a la venta: tres millones de dólares costaba el que alguna vez fuera el edificio más alto de Chile y el primero con ascensor. Poco antes, el

único rascacielos en la ciudad era el gran edificio sobre Moneda con Morandé, que luego albergó a La Nación.

Obra de Luciano Kulczewski, el arquitecto más amado y odiado que ha conocido la capital, Merced 84 fue siempre conocida como “La Gárgola”; una oscura y expresiva obra con no pocos de sus departamentos sin vista al exterior. Amén, claro, de inquietantes puertas con forma de ataúd.

Benjamín Naylor y su hermano Charles, Rodrigo Giadalah y Daniel Hiller —en adelante, los compradores— decidieron que debían hacerse del edificio. Y una vez concretada la adquisición, avanzaron sobre las baldosas multicolores que conducen al viejo ascensor que, sin prisa, traquetee hace ya casi un siglo hasta la polvorienta terraza desde la que cuelga el enigmático bicho: la famosa gárgola de Luciano, de Kul, de Kulczewski. A su modo, el inventor de la Plaza Italia e incluso del San Cristóbal, al menos de ese San Cristóbal gótico, barroco, donde el arquitecto proyectó monstruos alados que auscultaban la ciudad desde una terraza que terminaría destruyendo un incendio.

Hiller, Giadalah y los hermanos Naylor, empezaron a planear ahí mismo. La Gárgola, con tres millones de dólares más, se convertiría en un hotel boutique con dos súper *suites* en el sexto piso, más un *roofbar* junto a la piscina tipo *lap pool*. Eso, donde hoy abunda polvo y cachueros, fierros oxidados y caca de palomas.

Los compradores planearon también —asesorados por la oficina de arquitectos Max A— un *lobby lounge*, en el mismo túnel que hoy es la entrada, más un restaurante de mantel largo con salida a Merced y una fuente de soda en el espacio donde alguna vez funcionó el mítico Castillo Francés: el epicentro de la bohemia *under* en los 80’s.

Luego vendrían los problemas. Aunque con ahínco buscaron los planos, pronto se dieron cuenta de que no estaban por ningún lado. Nada nuevo. Sobre la obra de Kulczewski hay al menos dos certezas: 1) Nadie sabe a ciencia cierta cuántas casas y edificios levantó el prolífico arquitecto en Santiago. 2) Buena parte de los planos originales, que se atesoraban en la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Chile, todos firmados con la incandescente pluma del que no pocos se han atrevido a llamar el “Gaudí chileno”, fueron robados.

Pero ni eso ni nada ha detenido a los compradores que, bien ejercitados en el negocio de la nueva hotelería de lujo que ofrece Santiago (ellos ya tienen el bello Hotel Lastarria), confían en que el proyecto terminará siendo un edificio tan moderno como lujoso. Uno con spa y gimnasio pero, más importante que eso, con historia: la razón que

explica el *boom* de los hoteles boutique en el cuadrante. “Como los planos originales no estaban, tuvimos que hacer un levantamiento planimétrico desde cero”, dice Benjamín Naylor. “Paralelamente, para el cálculo estructural, hicimos prospecciones por todo el edificio para saber de qué estaba hecho. Ciertamente, no había mucha historia”.

Curioso. Diez años atrás, quien escribe estas líneas publicó *Santiago Bizarro* (la primera guía hecha para perderse), obra en la que se dedicaban dos páginas a la obra de este ecléctico arquitecto que se había paseado por al menos cinco estilos, eso hasta inventar lo que algunos expertos han convenido en llamar el “barroco chileno”.

Inspirados por la repentina Kulcewskimania, periodistas como Lissette Sepúlveda, en ese entonces editora de Random House, Federico Willoughby y Alberto Fuguet, más Andrea Vial (por aquellos años directora de la Escuela de Periodismo de la Alberto Hurtado) coincidimos en un fallido proyecto que con convicción decidimos llamar *Ciudad Kul*: un libro/blog que intentaría iluminar la obra de Kulczewski, ya no desde la arquitectura, sino desde los testimonios de quienes habían vivido en sus inquietantes espacios.

Eso incluía a intelectuales que aseguraban que el ambiente “Kul” les había inspirado desde canciones de rock (Machuca) hasta diferentes

ensayos (uno sobre la vida de Portales). Es más. Les había dado “mucho estilo” a las chiquillas que entonces arrendaban el gran departamento del edificio El Cuervo de la Alameda: el lugar perfecto para operar el que fuera un sauna de antología.

Al mismo tiempo, la tarea incluyó biografar a Kulczewski, de quien poco y nada aparecía en internet. Y algo, sólo algo, en las bibliotecas. A saber: *La arquitectura de Luciano Kulczewski*, un libro/catálogo realizado por Fernando Riquelme, más *Especies coleccionables*, un raro compendio con fotografías tomadas a sus obras por el propio arquitecto. Aparte, apenas una entrevista: la realizada por Enrique Burmeister, entonces estudiante de Arquitectura. En ella, el mismo Luciano declama en contra de sus colegas, a quienes acusaba de oficiar una arquitectura impersonal y vacía, siempre de espaldas a los Andes, la verdadera (y única) identidad de la ciudad según el artista.

-¿Podría enumerar algunas de las innovaciones que usted introdujo a Chile? -pregunta el alumno al maestro.

-Desde luego: los ascensores, la calefacción central, el sistema de servicios comunes, las centrales de agua corriente -responde Kulczewski.

Los avances en la investigación comenzaron a llenar las carpetas: Kul, físicamente, era muy parecido a Huidobro. Luciano cultivaba un

reconocible *look* de *dandy* oscuro, *freak*, acostumbrado a recorrer la capital en un gigantesco automóvil Auburn de colección. Kulczewski (“soy urbano, tengo alma de perro”, solía decir a Mireya, su hija, una de las primeras Miss Chile) solía pasearse con capa y, en uno de sus dedos, llevaba un anillo en el que había grabado un escudo nobiliario de su invención.

Kul era especial. A las seis estaba en pie tomando desayuno. Siempre tostadas y chocolate. A las ocho, en cama, cenaba sopa de posta con arroz y fruta cocida. Pronto nos enteraríamos de que Kulczewski había sido uno de los fundadores del Partido Socialista y, según aseguraba el mito, el inventor de su reconocible bandera.

La anécdota explica buena parte del enigma. Kulczewski. Nacido en Temuco e hijo de inmigrantes polaco-franceses, Luciano estudió en el Instituto Nacional y allí conoció a Pedro Aguirre Cerda, su profesor de castellano, quien se encandiló con este chico que a los 7, había leído todo Salgari y, a los 11, los veinte tomos de la Revolución Francesa más los escritos de Napoleón, a quien siempre admiró.

Recibido de arquitecto de la Universidad de Chile, Kulczewski se haría cargo de la campaña que llevaría al poder al Frente Popular y, gracias a sus múltiples conexiones, él mismo terminaría dirigiendo la Caja del Seguro Obrero; cargo que le permitiría construir poblaciones góticas por todo Santiago. Paralelamente, se consolidaba como el arquitecto de moda, detalle que –junto con sus desvaríos de estilo– le

permitiría ser el primero en construir edificios con calefacción central e instaurar el uso de la palabra piscina, eso cuando en Chile genéricamente se hablaba de “alberca”.

Amigo de Allende (dicen que Salvador, camino a La Moneda, solía detenerse en la casa de Luciano para dormir la siesta), él también estaría marcado por la búsqueda de lo “social” y, en ese empeño, en sus obras buscó *comfort* para sus clientes, pero también que vivieran en espacios únicos e irrepetibles. Curiosamente, también oscuros, probablemente el camino menos transitado a lo más personal.

Las obras de Luciano Kulczewski hablan por sí solas. Desde la primera que hizo, la casa del funicular a los pies del San Cristóbal, repleta de animalejos por todo el techo. Hasta las últimas que sólo fueron proyectos: entre ellas una gran casa de huifas en Arica. Amén de un monumental e inquietante hotel en las Termas del Flaco que quedó a medio hacer.

El resto es pura elocuencia: la piscina semi-olímpica, art déco, de la Universidad de Chile, en Independencia con Santa María, el único lugar donde Santiago adquiere la oscura magnificencia de ciudades como Budapest; o, cómo no, las casas de Avenida Francia que, pese a conformar un conjunto armónico, son todas distintas unas de otras. Aparte, el conjunto Virginia Opazo, la llamada “Ciudad Blanca”, donde no es difícil imaginar que estás en una ciudad como Londres. No puede quedar fuera, en este recuento, el edificio déco de la Alameda (probablemente el más lindo de todo Santiago) que, paradojas de la historia, hoy es sede del Colegio de Arquitectos. “Vivimos en la ciudad más fea del mundo por culpa de los arquitectos”, solía acusar el deslenguado Luciano.

La obra de Kul es extensa. En Alameda 151 está mi Kulczewski favorito. Un edificio derruido e imponente que por años albergó a estudiantes y a putas. Y, cómo no, al Cuervo; ese café/shopería que aún atesora el pajarraco de hierro negro que Luciano ordenó instalar sobre uno de los accesos del edificio.

¿Qué más? Por supuesto la casa de Kul en la calle Estados Unidos, fácil de reconocer por su fachada que recrea un personalísimo castillo medieval. Hoy lo sabemos: fue la recuperación del espíritu del medioevo lo que permitió que se desarrollara el modernismo. Luciano construyó su casa sobre un pequeño terreno triangular de proporciones absurdas. Con todo, por dentro la amplia y cómoda casa impresiona. De una viga cuelgan vampiros de yeso y, por aquí y por allá, abundan gárgolas, cruces invertidas y querubines que pareciera que en cualquier momento se van a poner a cantar.

Mientras duró la investigación, en la mayoría de las casas y edificios los moradores referían que los ambientes “kul” los había afectado (para bien) en lo que hacían. Efectivamente, una cosa es admirar las obras por fuera y, naturalmente, sorprenderse con la abundancia de rarísimas formas. Sin embargo, es adentro de ellas que algo sucede. En la casa de Estados Unidos, por ejemplo, basta sentarse en un rincón para descubrir que, de pronto, aparecen espacios que apenas un segundo antes eran invisibles al ojo.

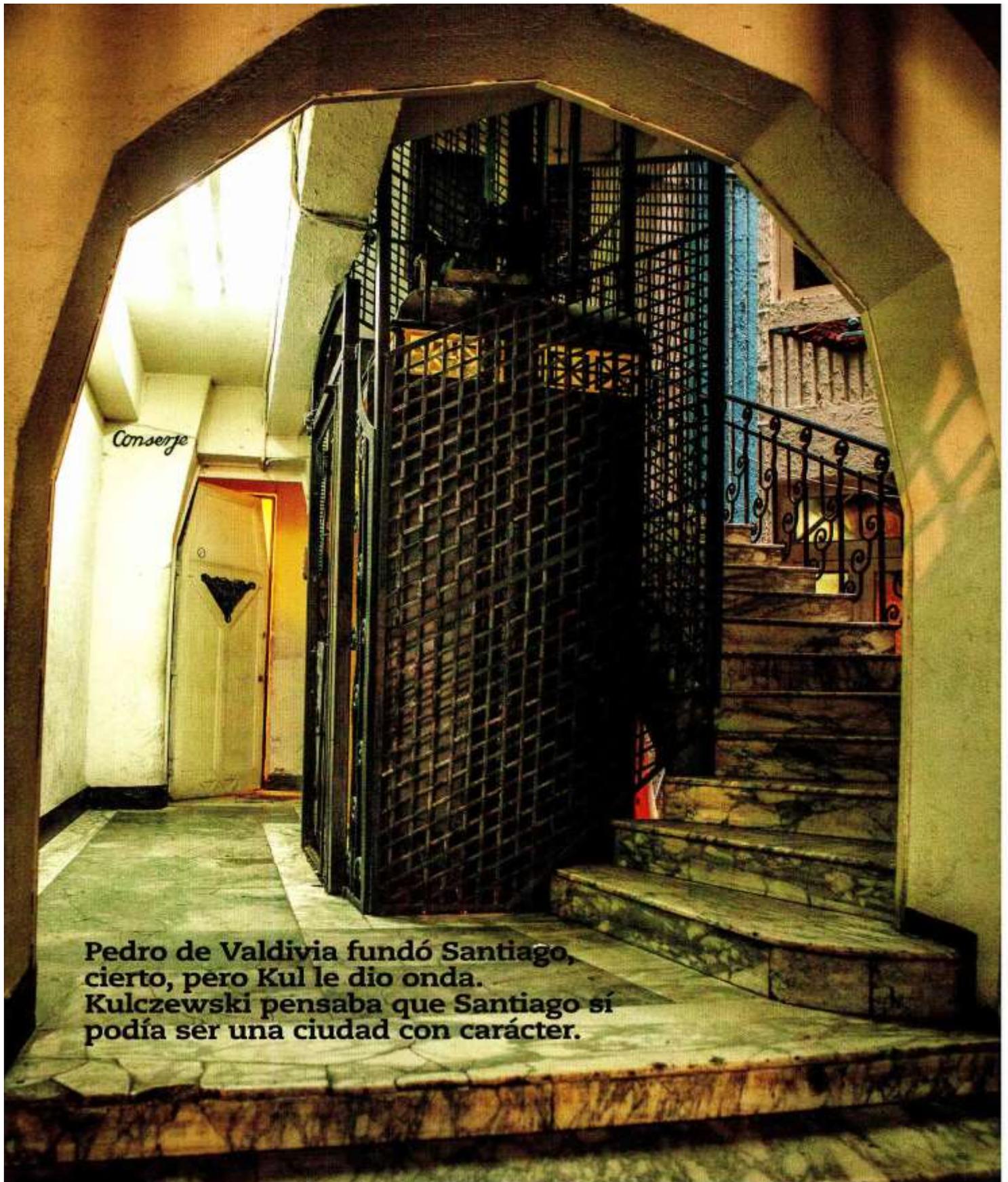
Tras el extenso reporte, en lo personal surgió una gran conclusión: las obras de Luciano Kulczewski estaban vivas. Vibraban. Se movían. Partiendo por la propia firma del arquitecto: un *tag* que hoy podríamos tildar de hip-hopero y que, de noche, ilustrados ladronzuelos intentan robar. Kul es tener la firma en casa. Los desvaríos de Luciano terminaron por convertirlo en un arquitecto de “culto”, idolatrado por jóvenes y no tan jóvenes que lo consideraron un gótico antes de que se desatara el *revival*.

Pedro de Valdivia fundó Santiago, cierto, pero Kul le dio onda. Estilo. Kul pensaba que Santiago sí podía ser una ciudad con carácter y por lo mismo se negó a seguir los cánones del *Beaux Art* francés (todo perfecto, simétrico) imperante en la época. Y, a modo de oposición, inventó su propia arquitectura con la que una y otra vez buscó transgredir.

Luciano Kulczewski administró la Caja de Seguro Obrero hasta febrero de 1940. Hoy sabemos que fue sacado del cargo por un movimiento de trabajadores que terminó oponiéndose a su particular estilo. Pobre, Kul murió de leucemia en Santiago en septiembre de 1972 y, tal como él mismo lo había pedido, sus cenizas fueron esparcidas entre el cementerio Père-Lachaise de París y el San Cristóbal.

Ciudad Kul, el libro/blog, nunca salió. Pablo Dittborn, recién asumida la dirección de Random Chile, se negó a publicarlo. Diez años después, aparecen notas en la prensa que aseguran que en tal o cual calle acaban de descubrir obras desconocidas de Kulczewski. Mientras ello ocurre, sus edificios más emblemáticos se deterioran: caen los yesos, se resquebrajan los muros, se rajan los techos, los vitraux se hacen trizas.

Al mismo tiempo, los habitantes de la *Ciudad Kul*—actrices, pintores, mecánicos, rastas, neo punkies, abuelos, duchas de casa—siguen habitando esos espacios que modifican la vida interior. Luciano parecía conocer el secreto de sus molduras, rectas y curvas. “El éxito más grande—decía—era ver los domingos a los obreros bajar del cerro. Ésa es una de las grandes satisfacciones que tengo, posiblemente más que cualquier otra producida por una situación de orden estético”. ●●●



**Pedro de Valdivia fundó Santiago,
cierto, pero Kul le dio onda.
Kulczewski pensaba que Santiago sí
podía ser una ciudad con carácter.**



La piscina art déco de la Universidad de Chile, en Independencia con Santa María, es el único lugar donde Santiago adquiere la oscura magnificencia de ciudades como Budapest.

